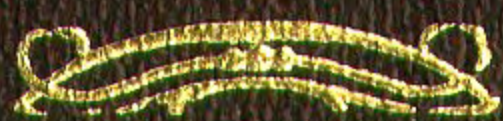
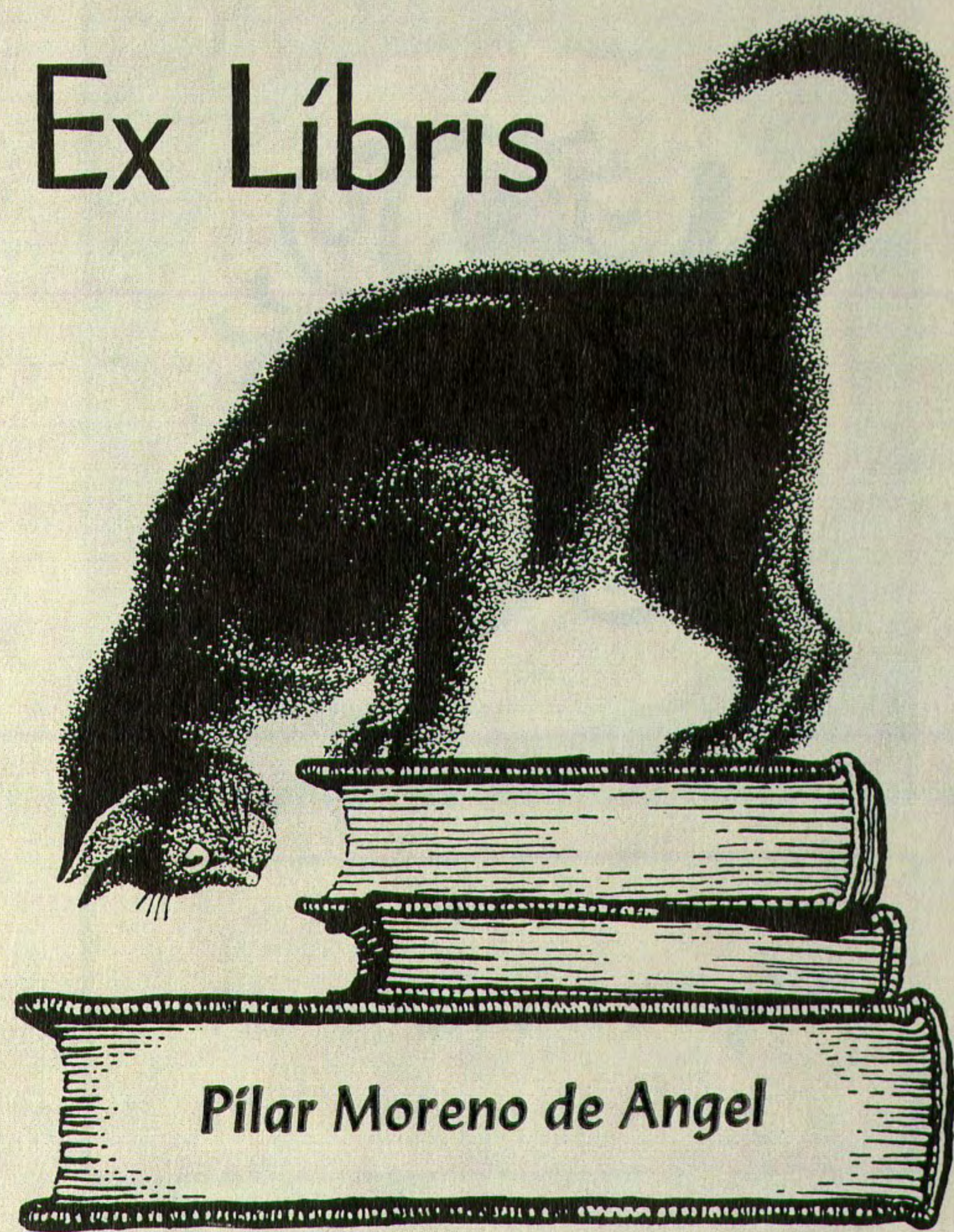


Las Dos Ideas



Bogota 1884

Ex Líbrís



Pílar Moreno de Angel

B212 © APCo

LAS DOS IDEAS

POEMA EN SEIS CANTOS

1884

PRUDENCIO CORTÉS

INTRODUCCION.

Mac-Douall, el literato saleroso,
Escribió con soltura un gran poema
Con el fin de lanzar (qué generoso!)
A la Escuela Normal un anatema.
Fué mala una Normal, luego (es forzoso)
Las otras lo serán: ese es su tema,
Tiene lógica nueva y es fecundo.
Un Aristarco más ¿qué importa al mundo?

Al ver de este trabajo el argumento,
Por cierto falso y lleno de dislates,
Empuñaron la pluma en el momento
Mas de catorce apasionados vates,
Y contestaron: unos con buen tiento,
Otros, con espantosos disparates;
Pero es el caso que el autor del canto
No sintió (aquí *inter nos*) miedo ni espanto.

Y yo también contesto, pues no quiero
En este siglo de oro tan ladino,
Pasar por un insigne majadero
Sin valer en Colombia ni un comino.
¿No escribir, cuando escribe el mundo entero?
Es una necedad, un desatino;
¿Y no cantar?... cuando es aquí poeta
Hasta el que acaba de soltar la teta?

Verdad es que no soy inteligente,
Pero el progreso todo lo remedia.
¿Quedarse atrás no siendo competente?
Eso pasaba sólo en la Edad media.
Hoy vemos tras un prisma diferente
Lo que pasa del mundo en la comedia,
Y un audaz, manejándose con tino,
Nos comulga con ruedas de molino.

Hoy, cualquier mequetrefe presumido,
De buena voz y regular talante,
Puede llegar á ser, si es atrevido,
No sólo un grande hombre....un gran gigante,
Y por eso en un tono compungido
Decimos que marchamos adelante,
Que Dios nos hizo de la ciencia, gracia,
Y lo que Dios nos dió fué sólo audacia.

¿No tienen de escritores ya sus visos
Don Farruco, don Juan y don Mariano?
Redactan *El Cometa* con avisos
Y tal cual sueltecito de su mano.
¿No consiguió sin graves compromisos
Ser un hombre de estado don....Fulano?
Y el torpe é ignorante de Proceso
¿No ocupa una curul en el Congreso?

Y habré yo de quedarme....? Nó, imposible!
¿Quedarme cual jumento, consumido,
Sin cosechar el lauro inmarcesible
Que aquí se vende al precio reducido
Que tiene la cebada? ¡Eso es horrible!
Aunque sea en un verso mal medido
Voy á escribir. Y....manos á la obra,
Que si falta talento audacia sobra.

Pero eso sí, no quiero que me lea
Uno de esos señores cejijuntos
Que se alumbran ufanos con la tea
De la Diosa Minerva, y que en asuntos
Como éste, ven la forma, no la idea,
Y no permiten dos acentos juntos,
Y desprecian los versos acabados
En *ente* y *ante* é *ido* y *aba* y *ados*.

Para ellos seré digno de censura.
Mas yo, voy á rimar en *ido* y *ante*. . . .
Porque quiero expresarme con holgura,
Y porque opino, como buen pedante,
Que quien pone su numen en tortura
Para lucir difícil consonante,
Lejos de aparecer como fecundo
Sienta plaza más bien de vagamundo.

CANTO PRIMERO.

Hay un pueblo, lector, privilegiado,
Feliz y muy hermoso ciertamente,
En un ameno valle está situado,
Lo atraviesa un arroyo trasparente
Y lo cobija un cielo despejado
Que augura primavera permanente.
Se llama. . . . no recuerdo en este instante. . . .
El nombre lo diré, más adelante.

Ciertas gentes asaz malhumoradas,
Dicen que son las casas desiguales,
Estrechas y muy mal edificadas ;
Mas lo cierto, lector, es que las tales
Incómodas y rústicas moradas,
Forman entre los verdes cafetales
Y pintorescas y alfombradas lomas
Más bien que un pueblo, un nido de palomas.

Eso no es cierto! allí la paz no dura
(Dirán dos viejas de ese pueblecito),
Porque la altera hablando contra el Cura
El insolente Alcalde del distrito.
Y es la verdad. ¡Por Dios, qué desventura!
Veremos pronto en los infiernos frito
A ese liberalón de siete suelas,
Y qué placer para las dos abuelas!

Pero eso poco importa; al grano, al grano:
En ese pueblo principió la historia
Que te voy á contar, sin duda en vano,
Porque tú te la sabes de memoria.
Es un domingo alegre de verano
Y al mercado llegó la india Liboria
Con sus dos hijas, célebres muchachas,
Y un buey con una carga de arracaehas.

Tiene la india Liboria una alquería,
Y allí vive feliz, sin amarguras,
Sin la pena más leve, en compañía
De dos incomparables hermosuras,
De sus dos hijas, Petra y Rosalía,
Niñas trabajadoras y tan puras,
Tan libres como el aura que en la vega
Con los festones de la caña juega.

Mientras las dos atléticas chiquillas
Qnitan al buey la carga diligentes,
Sin desarrebozarse las mantillas
Y enseñando tranquilas é inocentes
Las gruesas y morenas pantorrillas,
Que llaman la atención de ciertas gentes,
La india Liboria, triste, congojosa,
Fué á la casa cural... no sé á qué cosa.

Debo advertir que la sobrina amada
Del señor Cura, había recibido
Una cartita en Bogotá fechada
(Que acaso tú no hubieras traducido)
De doña Celestina de Losada,
Vieja que vive aquí con su marido
Y nos da de piedad sublime ejemplo,
Pues cierra el oratorio y se va al templo.

¡Qué carta aquella! escrita en un apuro
Con un esparto y agua parecía;
No le hubiera gustado... ni aun á Arturo.
Yo vi los disparates que tenía
Y tiene—esto, lector, te lo aseguro—
Menos cabellos la cabeza mía,
Las playas de la mar menos arenas,
Y mi achacosa vida menos penas!

Copiaré de la epístola citada
Los apartes siguientes, esenciales:
“Le encargo, dice, una indiecita honrada,
Pues estos protestantes liberales
O masones, no dejan ya criada
Que no vaya á estudiar á las Normales;
Yo llevo casi una semana entera
Tan sólo con la pobre cocinera.”

En otras líneas continúa.....“ Apenas
Me llevará la alfombra y taburete,
Ridículo, camándula y novenas
A la misa de seis ó á la de siete;
Aprenderá de malas ó por buenas
Conmigo el catecismo del Astete,
Y como yo no me ando por las ramas
La enseñaré á barrer y á tender camas.”

Habla luégo del necio y persistente
Catarro con fluxión y tosecita
Que aflige á su marido don Clemente;
De los sermones del doctor Zurita,
Y hace una digresión muy elocuente,
Sobre un milagro que hizo Santa Rita.....
Que no trascibo aquí porque no quiero
Agotar tu paciencia y mi tintero.

Y después de mandar amablemente
Un saludo cordial al señor Cura
De parte de su esposo don Clemente,
Y de recomendarle la lectura
De cierto articulejo intransigente
Basado en un criterio de fe pura,
Al fin sus largos párrafos reinata
Con esta sapientísima posdata:

“Pídale mucho á Dios por las Normales,
Pobres hijas del pueblo, que en señoras
Pretenden convertir los liberales
A fuerza de doctrinas corruptoras
Y de esos sus principios inmorales.
Hoy, figúrese usted! las lavadoras
Se empeñan en saber ¡Ave María!
Gramática! Francés!! y Ortografía!!!”

Pero dejemos esta carta á un lado
Y sigamos el hilo de la historia.
Decía, si no estoy equivocado,
Si no me engaña esta infeliz memoria,
Que les dejó á sus hijas el *mercado*
Y á la casa cural se fué Liboria
A hablar con el doctor alguna cosa,
Grave seguramente y misteriosa,

En su corredorcito embarandado
Se hallaba á la sazón el señor Cura
Con vientre bien provisto y levantado
Y un semblante expresivo de ternura
(Ya había, según dicen, almorzado).
Vió á Liboria y llamóla con dulzura,
Y como hombre ocupado y diligente,
Sin rodeos le dijo lo siguiente:

—Cómo te va, Liboria?... Ya mi hermana,
Me dijo mi sobrina, que te había
Del encargo enterado y que mañana
Una de tus dos hijas partiría.

—Sí, mi señor *dotor*, *lotra* semana
Sirá, dijo Liboria, Rosalía
Que las niñas *di aquí* me *linquietaron*,
Y al decirlo, los ojos se le aguaron.

—¿ Lágrimas y sollozos á estas horas?
Dijo al verla llorar el señor Cura,
¿ Conque ella va á ganar y tú mejoras,
Ella tendrá su vida ya segura,
Y por noticia tan plausible lloras?
Déja....añadió con paternal dulzura,
Déja y verás qué alegre y bien tratada
Va á estar en Bogotá tu hija adorada.

Y así, entre disgustado y conmovido,
Consoló pronto á la infeliz abuela
Pintando el porvenir dulce y florido
Que le brindaba á su hija la tutela
De doña Celestina y su marido,
Modelos de virtud. Y la chicuela
Hubo de separarse de Liboria,
Bañada en llanto, no hubo escapatoria.

Pero te dejaré.... Me ha vuelto un leño
La mano de Morfeo, cariñosa,
Y además de que tengo mucho sueño,
Esta mi situación es azarosa,
Que al verme bostezar con tanto empeño,
Y hacer venias con cara respetuosa,
Que soy un intrigante, se diría.
Buenas noches, lector.—¿ Y Rosalía?

—Suéña con ella, y la verás contenta
Trasmontar la colina con su tío
(Que es buen arriero) ó más allá sedienta
Beber el agua del tranquilo río
O el licor amarillo de la venta,
O cruzar, aterida por el frío,
Con el pecho oprimido, la sabana
Pensando en su *mamita* y en su hermana.

CANTO SEGUNDO.

Ayer, cuando la noche tenebrosa
Con su manto de sombras envolvía
Los llanos, la ciudad, la selva hojosa,
Los altos montes, la alameda umbría;
Y una lluvia tenaz, estrepitosa,
Los tejados y el suelo humedecía....
Yo...sin luz, con las manos en el pecho,
Roncaba á pierna suelta entre mi lecho.

Comprendo que no estaba en mis cabales,
O en sueños me quitaron el empleo,
O me engullí tal vez unos tamales
Y en ese estado recibí á Morfeo,
Porque he visto dormido, cosas tales!
En un convento un boticario feo,
Una alegre novicia en la ventana.
—¿Soñaste con *La Madre Cayetana*?

—Sí, querido lector, soñé con ella
Y poco me gustó la tal señora ;
Sabe versificar, pero atropella
Con su lengua mordaz, difamadora,
Al mandatario, al fraile, á la doncella,
Hasta las monjas, cuya vida ignora ;
Hace lo que el autor de... *Melgarejo*,
En lugar de curar, quita el pellejo.

Pero volvamos á mi largo cuento,
O por mejor decir, á mi relato
O á mi historieta, porque yo no invento
Fútiles cosas por pasar el rato;
Yo voy despacio, sin calor, con tiento,
Como si dibujara algún retrato,
Porque sé que quien mucho se apresura
No da en el clavo, pega en la herradura.

Hoy que el cielo sereno y despejado
No nos podrá mandar un aguacero,
Si no tienes que hacer ni estás cansado
Ponte tu *sobretudo* y tu sombrero,
Que hay aquí, en cierto barrio retirado,
Un casarón al cual llevarte quiero
Conforme estás, sin guantes ni tarjeta,
Porque allí no hay alfombra ni etiqueta.

Dicha casa, mi abuelo me contaba,
La edificó Fray Bruno de los Mantos
Allá en los tiempos del Virrey Eslaba,
Y dizque sepultó cien mil y tantos
Pesos en la piecita que habitaba ;
Por eso hay en la casa más espantos
Que en nuestro Bogotá perros y críticos,
Escritores y burros y políticos!

Por fuera hay un portón con mil cerrojos,
Por dentro un patio un tanto descuidado
Que tiene matas de romero, abrojos,
Y un moyo en cada esquina sepultado ;
Al subir la escalera dan los ojos
Con un gran lienzo en el que está pintado
San Cristóbal, con cara muy devota,
Llevando un niño á cuestas y en pelota.

Al penetrar de pronto en el añejo
Salón de aquella colonial morada,
Frunce uno á su pesar el entrecejo,
Porque está allí la seriedad pintada
Y se percibe cierto olor á viejo ;
Bien se comprende que—de la atrasada
Manera de vivir de sus mayores—
Los dueños de ella son conservadores.

—¿Quién vive allí? preguntarás curioso.
—Vaya! ya tu cacumen lo adivina,
Vive allí don Clemente, digno esposo
De mi señora doña Celestina;
Juntos los dos, en medio del reposo,
Con fe devota y con unción divina
Cultivan el mañoso fanatismo,
Enemigo mortal del cristianismo.

Ella importuna á Dios sin miramiento,
Pues reza con fervor durante el día
El Vía-crucis, visita al Sacramento,
Cuatro rosarios, una letanía,
Seis novenas, y credos más de ciento....
Y ha llegado á tal grado su manía,
Que se santigua y pide á Dios ayuda
Cuando tose, bosteza ó estornuda.

Él, también reza, y se hace monacillo
Para ayudar á misa cuando quiere;
Pero más *sirve á Dios* con el cuchillo
De su lengua mordaz, que á todos hiere;
Al que no ve rezar lo llama pillo,
Perverso y malhechor, y si alguien muere
Sin confesión, goza en andar diciendo
Pobre infeliz! ¡cómo estará sufriendo!

Estamos ya del casarón en frente:
Fíjate en la inmundicia de la acera
Y en ese gran balcón largo y saliente
De gruesa y antiquísima madera;
Jamás verás en él un sér viviente,
Exceptuando en verano ó primavera
Las golondrinas, que en alegre banda
Forman negro cordón en su baranda.

Si está abierto el portón, y á don Clemente
Quieres hablar, pues, tóma la escalera
Y en un sofá de cuero que está al frente
De la baranda, siéntate y espéra;
Pero si está cerrado, fuertemente
Golpea en el portón una hora entera
Y al cabo de dos horas de agonía
Te saldrá á abrir la puerta.... Rosalía.

¡Pobrecita muchacha! resignada
Sirve allí á su señora Celestina;
Por la tristeza que hay en su mirada
Y por su flaco rostro se adivina
Que sufre alguna pena reservada
O que un terror secreto la domina.
Su vestido es el mismo de ayer; pero
No tiene ni mantilla ni sombrero.

De día, cuando limpia los cubiertos
Suele quedarse á veces agachada,
Inmóvil, con los ojos bien abiertos,
Pensando en su casita idolatrada,
Y arroyos y labranzas y desiertos,
Y de aquel estupor vuelve asustada,
Que al verla así mi doña Celestina
Siempre su cocotazo le propina.

Y mi señora doña Celestina,
Que es del Sagrado Corazón hermana,
Regaña y habla mal de la vecina
Y se confiesa á tarde y á mañana ;
Es un ángel la pobre ! Y en cocina
¿ Quién se mete con ella ? ¿ Quién le gana ?
Sabe, caro lector, me vuelvo loco !
Hacer dulce de brevas y de coco !

Conoces al esposo, á don Clemente,
Católico apostólico romano,
Que á fuer de muy devoto y muy creyente,
Con su enorme paraguas en la mano,
Anda buscando misa diariamente
Como á eso de las seis, ó más temprano,
Y es allá, entre su concha de armadillo,
Conservador de tuerca y de tornillo.

Bien es cierto que al dos, ó tres por ciento
Tiene su plata, y que entre sus hermanos
Ha sentado la plaza de avariento;
Pero reza por todos los cristianos
Y en la Escuela de Cristo tiene asiento.
“ Si están en Dios mis ojos, mis dos manos ”
Dice—citando al sabio San Facundo—
“ Poco importa que estén en este mundo.”

Bien, bajo esta familia respetable
Estaba Rosalía. La experiencia
Te habrá hecho ver, lector, cuán intratable
Es un viejo avariento, y qué paciencia
Hay que usar con el genio insoportable
De la beata de edad que con frecuencia
Se está en ayunas hasta el medio día
Por recibir la Santa Eucaristía.

Suspenderé la charla porque es tarde ;
Ni un gramo ya de inspiración me queda
Y mi cerebro se fatiga y arde.
Y como yo no soy un Espronceda,
Ni un delicioso Acuña, ni un Velarde,
Ni un Becquer celestial, ni un Arboleda,
Debo temer que si hablo muy seguido
Te quedes ; ay ! á mi pesar dormido !

CANTO TERCERO.

No bien Liboria entristecida había
Dado el adiós á su hija idolatrada,
Y ya el negro destino le tenía
Una segunda pena preparada :
Al mes de haber partido Rosalía
Tuvo que separarse acongojada
También de Petra, á quien el dicho Alcalde
Ofreció dar educación de balde.

En aquel malicioso pueblecito
Entre gente sensata se murmura
Que envió á Petra el Alcalde del distrito
A la Normal, por contrariar al Cura,
Pues un sermón este orador bendito,
No por maldad, por inocencia pura,
Predicó entusiasmado cierto día....
El sermón estos párrafos tenía :

“La muchacha del pueblo que ha vivido
Con los pies en el suelo, abandonada,
No piense en encontrar noble marido -
Ni se ponga á estudiar ciencia elevada,
Pretendiendo ser más de lo que ha sido,
Pues vino por el cielo destinada
A servir á sus amos solamente
Con honradez y muy humildemente.”

“Nació para servir á sus patronos
El hijo del peón ó jornalero,
Y no debe abrigar las pretensiones
De estudiar y de ser un caballero
Y usar zapatos, ricos pantalones
Y casaca de paño y buen sombrero:
Dios castiga con mano muy severa
Al que quiere salirse de su esfera.”

“Si todos somos ante Dios iguales,
Yo debo confesaros, hijos míos,
Que Él marcó diferencias terrenales,
Diferencias que hoy quieren los impíos
Anular rellorando de inmorales
Doctrinas los cacúmenes vacíos
De los hijos del pueblo inadvertido,
Por hacerse á más nombre y más partido.”

Y por los parrafillos esenciales .
De este sermón tan bueno y moderado,
Tan justo, y de principios tan morales,
El quisquilloso Alcalde, acalorado,
Envió á Petra á estudiar á las Normales.
Pero, lector, dejemos esto á un lado,
Volvamos á la casa de Clemente
Que quiero hablarte de ella nuevamente.

Viven con don Clemente, pues, su esposa ;
Rosalía, indiecita ya citada ;
Una vieja llamada *mama* Rosa
Que de hacer la comida está encargada ;
Dos gatos ; Amistad, perra sarnosa ;
Las gallinas ; un ave encarcelada,
Y... tengo una memoria del demonio !
Y el hijo de aquel santo matrimonio.

Tienen tan sólo un hijo, Luis Alberto,
Que raya en los veinte años, elegante,
Muy buen mozo, muy vivo, muy despierto
Y es un cumplido caballero....andante ;
Mas debo confesar, porque es lo cierto,
Que presume de guapo, y es pedante
Y que tiene, decirlo me da pena,
De humo ó de viento la cabeza llena.

Mi doña Celestina y su marido,
Queriendo con razón que un gran portento
Fuera en ciencia y virtud su hijo querido,
Le dieron muy severo tratamiento
Y en más de diez colegios lo han tenido;
Por esto es hoy en ciencias un jumento,
Y en punto á la moral es un pateta;
Siempre quien mucho abarca poco aprieta.

Pero en cambio ha salido el bribonzuelo
Un *conserva-ortodojo* refinado
Y dice que es católico hasta el suelo
Que oprime con las plantas del calzado,
Y le hallo la razón: en el *Mochuelo*,
Ejército que tanto ha figurado,
Más de una vez expuso este muchacho
Por su Dios y su ley el *carapacho*.

Como dizque el comercio es su elemento,
Vende en un almacén una media hora
Y el gran mundo con eso está contento,
Pues aquí en nuestra patria bienhechora
Donde la democracia tiene asiento,
La vara de medir es más señora
Que la toga, el bastón de magistrado,
La fina espada y pluma de letrado.

Persuadido está siempre de que vale
Más que el rico Sultán de la Turquía;
No cabe por las calles cuando sale
Y se viste con tal coquetería.....
Él dice que de *Princhiipe imperiale*,
Pero es de maniquí de sastrería;
De todo ríe y lo que no le explica
Su menguado cacumen, lo critica.

Cuando hay en nuestra plaza Gran Parada
E invade las aceras el gentío,
Y se escucha la música animada,
Montado en su corcel de mucho brío
Sale á ver á su Clara idolatrada,
Pero no á la de *Arturo*, lector mío,
Sino á otra que...también se llama Clara
Y usa abanico y polvos en la cara.

Recuerdo haberlo visto en unas fiestas
Atropellar con su bridón airado
A un pobre viejo que llevaba áuestas
Un fardo muy incómodo y pesado.
No lejos, entre damas muy apuestas
Estaba su Clarita en un tablado,
Y era forzoso por captarse á Clara
Hacer que su bucéfalo brincara.

Si hay aquí de esos santos ejercicios
En donde el fanatismo *traicionero*
Pretende con emplastos de cilicios
Y cataplasmas de torcido cuero
Extirpar las pasiones y los vicios,
Luis Alberto es en ellos el primero,
Y que saca de allí mucho provecho,
Eso está ya probado, eso es un hecho.

Poco trabaja, y juega y bebe y tuna;
Gasta su plata en bailes y paseos
A pesar de su módica fortuna;
En los cafés refiere cuentos feos
Del subido color de la aceituna,
Y echa por tierra una honra sin rodeos;
Pero se escandaliza este angelito
Si niegas la virtud del pan bendito.

Muchas noches después de haber danzado
Con una Maritornes indecente
Al són de un organillo destemplado,
Pasa al salón de distinguida gente
Y oprime un talle fino y delicado;
Mas como el humo del licor hirviente
Hace memoria y vista un tanto infieles,
Se le truecan á veces los papeles.

Y engaña á sus papás el mojigato,
Pues como hace frecuentes comuniones,
Y reza y se santigua cada rato,
Y acompaña las santas procesiones
Con devoción y sin igual recato;
Y habla en contra de rojos y masones
Y se reza un rosario de rodillas;
Creen en su virtud á pie juntillas.

Es, en fin, Luis Alberto, lector mío,
El hijo de uno de esos ortodojos
A quienes de la vida ya el hastío
Les obliga á poner en Dios los ojos
Y que predicán contra el mundo impío,
Contra la juventud, contra los rojos....
Sí, querido lector, y no te asombres
Que pudiera citarte muchos nombres.

Pero yo charlo y charlo y fatigado
Y aburrido estarás probablemente;
Dejemos, pues, esta historieta á un lado
Y vamos á dormir tranquilamente,
Que mañana cuando hayas descansado
Podré seguir si no hay inconveniente.
Como quiero que duermas bien, te advierto
Que no te sueñes con don Luis Alberto.

CANTO CUARTO.

El rutilante Sol sobre su lecho
De nubes de oro está ya recostado,
Y es la noche tan fría como el pecho
De esa ingrata mujer de rostro airado
Por quien hoy tengo el corazón deshecho
(Mas no extrañes mi estilo levantado ;
Es que mi Musa pobre y desvalida
Hoy á la última moda está vestida).

Está la noche fría, destemplada,
Muy aparente para que reunidos
En una pieza alegre y abrigada
Continuemos, lector, entretenidos,
Tú en oír, yo en contar la comenzada
Historieta de ayer. ¡ Muchos oídos !
Pues tengo mis ideas caprichosas,
Poco me gusta repetir las cosas.

Hablar muy claro hoy en verdad no quiero,
 Porque....me duelen mucho las quijadas.
 Un día Luis Alberto, caballero
 En su corcel de crines abultadas,
 Después de visitar á Chapinero,
 Y de hacer mil piruetas y truhanadas
 Entró á su casa al declinar el día,
 La casa estaba al parecer vacía.

—
 Siguió al claustro interior en derecha,
 Allí aflojó las cinchas con cuidado,
 Guardó luego zamarros y montura
 (Por un gallo, no más, acompañado,
 Que escarbaba un canasto de basura);
 Y dejando con pasto y descansado
 A su corcel allá en la pesebrera
 Del interior subió por la escalera.

—
 Con perezosa lentitud subía,
 Y al terminar la escala trabajosa
 Que no pocos peldaños contenía,
 Dirigió una mirada desdeñosa
 Que vino á tropezar con Rosalía:
 Pobre indiecita!, sola y silenciosa
 De la cocina en el umbral sentada
 Remendaba su ropa destrozada.

Después de contemplarla un cuarto de hora
 Se dirigió hacia ella presuroso
 Con una sonrisita encantadora,
 Pues aunque tiene fama de orgulloso,
 Confesaré al lector ó á la lectora
 Que también es amable y cariñoso;
 Pero eso sí, no gusta de atenciones
 Sino en determinadas ocasiones.

—
 Se aproximó; lo había conmovido
 La suerte de una chica tan bonita
 Y cerca de ella murmuró á su oído
 Frases que no querrás que yo repita,
 Y le hirió la mejilla enternecido
 Con una cariñosa palmadita.....
 La casa estaba sola y ni una alma
 Turbaba aquella bienhechora calma.

—
 Ni una alma había verdaderamente;
 El ruido de una mosca se dejaba
 Percibir allí bien, pues don Clemente
 La siesta muy tranquilo dormitaba
 En su mullido lecho blandamente,
 Y mi señora Celestina estaba
 (Por esta novedad yo no me admiro)
 En la iglesia del Carmen en Retiro.

Con los ojos tal vez humedecidos
Allí elevaba á Dios sus oraciones,
Entre golpes de pecho repetidos,
Por Normales y rojos y masones,
Y por aquellos jóvenes perdidos
Que dan á Lucifer sus corazones
Por medio de escritura, ante Notario,
En la Universidad ó en el Rosario.

Voy aquí á interrumpir, pues muy inquieto
Me tiene una imprudencia, un gran pecado
De indiscreción. Yo soy muy indiscreto !
De un tesoro en la casa sepultado
Te he hablado yá, sin encargar secreto.
Olvída eso, lector idolatrado,
O cósete los labios, pues te advierto
Que muchos datos tengo de que es cierto.

En la época de que hablo, mil espantos
Sintió la cocinera *mama* Rosa,
A quien has visto en anteriores cantos ;
Vió una noche una sombra presurosa
Cruzar el corredor, y escuchó llantos,
Y oyó una voz muy débil, temblorosa.
¡ Noches enteras se pasaba en vela
Muerta de miedo la infeliz abuela !

Al fin se pasó un año ; pero en nada
Pudo modificar con sus rigores
Esa vida monótona y pesada
Que llevaban los buenos moradores
De aquella santa, angelical morada :
La misma Rosalía en sus labores,
Las mismas relaciones con los santos,
La misma *mama* Rosa y sus espantos.

Pero al cabo del año, Nicolasa,
Una señora pobre, acomedida,
Que cuida aquí las niñas y allí amasa,
Y tiene en toda mesa la comida
Y vive á su placer en toda casa,
Le llamó la atención, muy sorprendida,
A mi *siá* Celestina, cierto día,
Sobre un mal que notaba en Rosalía.

Y mi *siá* Celestina que tenía
Humos de muy juiciosa y recatada,
Llamó severamente á Rosalía,
Y no sé por qué causa reservada,
Alzó un palo de escoba que tenía
Y tras ella salió desaforada,
La hizo bajar de un salto la escalera
Y la echó á garrotazos puerta afuera.

Cayó ! por el sendero triste, estrecho,
De la crasa ignorancia iba extraviada.
¿ Qué dignidad podrá abrigar el pecho
De una infeliz que vive postergada,
Que sin ser pecadora, por el hecho
De ser quien es, no más, no vale nada ?
No culpo al ignorante, es inexperto,
“ Camina tropezando, vive muerto ! ”

Sin ese santo y bienhechor escudo
Que eleva y ennoblece al desgraciado,
Dejar de tropezar ella no pudo
¿ Y nuestra religión no la ha salvado ?
--Pudo salvarla, sí, pero yo dudo
Que tenga más valor un ; *Es pecado !*
Pronunciado con miedo y en voz baja,
Que un altanero ; *á mí nadie me ultraja !*

De cinco años el velo nebuloso
Esconde yá la aurora de aquel día
En que, con rostro pálido y lloroso,
Salió de su morada Rosalía
A recorrer un mundo tenebroso
Que ella, niña infeliz, no conocía.
Cinco años han pasado ! Triste historia !
¿ Qué habrá sido de Petra y de Liboria ?

No sé, lector ; aquí desde temprano
Una pobre mujer que se lamenta,
Con un niño desnudo de la mano
Recorre nuestras calles macilenta
Implorando piedad del mundo en vano.
Se llama Rosalía ; ofrece en venta
Horqueticas ó leña en el estío
Y duerme en el Retén, muerta de frío.

Mucho sufre, lector. Qué de agonías !
Mas no he de continuar porque son tantos
Los cuadros de dolor, que llorarías
Y á mí poco me agradan los quebrantos.
Aun cuando esto lo ves todos los días,
Sé que por los actuales adelantos
Conmueva á nuestro público ilustrado
Mucho más que lo vivo, lo pintado.

Adiós ! mucho he charlado y son las doce ;
Pero hice bien porque no sé hasta cuándo
Podré volver á disfrutar del goce
De seguir á tu lado conversando.
Tal vez mañana en mi corcel veloce
Iré por la Sabana cabalgando,
Que un cruel malestar y abatimiento
Me fuerzan á mudar temperamento.

CANTO QUINTO.

Estos, caro lector, con que á deshora
Hoy mi relato sigo, versos fríos
Y faltos de esa luz deslumbradora
Que yá alumbró los pobres versos míos,
Mi péñola los traza burladora,
No grave, no galana, no con bríos,
No por la inteligencia bendecida,
Mas en negro licor humedecida.

Sabrás que luengos meses (yo no miento)
Y bajo un cielo azul muy más tranquilo,
En el campo me he estado harto contento,
Y anudar vuelvo del discurso el hilo
Después de tan feliz apartamiento;
Pero no por aqueste bello estilo
Pienses que está mi Musa con anemia;
Es que ya pertenece á la Academia.

Bueno será que de mi pluma al vuelo,
Te relate esa alegre correría
En la que visité el nativo suelo
De la desventurada Rosalía,
De esa pobre mujer que sin ventura
Tanto sufrió, porque la suerte impía
La llevó á aquella escuela malhechora
Que de las sombras es conservadora.

Fuí á gozar á ese pueblo, era muy justo,
Pues Bogotá en Diciembre es un desierto,
Y allá tuve la pena ó tuve el gusto—
Que á definir la sensación no acierto—
De tratar bien de cerca al muy adusto
Y estirado señor don Luis Alberto,
El cual con su familia muy contento
Mudando estaba allí temperamento.

No te voy á contar las diversiones
Que me brindó el alegre pueblecito ;
Ni detalles daré, ni descripciones
Voy á hacer de paisajes, pues repito
Que no me gusta entrar en digresiones,
Los paréntesis siempre los evito ;
Así voy á contarte solamente
Casos por el estilo del siguiente.

Un cierto día alegre, caldeado
Por los rayos de un sol incandescente
Me hallaba yo en mi pieza recostado
Sobre mi fresca hamaca muellemente,
Cuando el paje de Alberto entró afanado
Y me entregó precipitadamente,
Haciendo una graciosa cortesía,
Un papel que á la letra así dec'a :

“Vente á casa volando, quiero verte
Para contarte un chasco que he sufrido,
Es el *chivo* que tengo de tal suerte
Que me tiene la cólera tullido ;
Hoy la razón sabrás por qué de muerte
Odio la estupidez de tu partido
Que eleva á la canalla degradada.
Tu amigo, *Luis Alberto de Losada*.”

Bajéme de la hamaca en el momento
(Yo parezco mujer por lo curioso),
Es preciso acudir al llamamiento,
Me dije, porque el caso es misterioso,
Él me tiene sin duda un argumento
Que me va á confundir y está furioso.
Cogiendo mi sombrero con presteza
Me salí á las volandas de mi pieza.

Pronto llegué y estaba Luis Alberto
En su puerta esperando mi llegada
Tembloroso y más pálido que un muerto.
Me asió del brazo y sin decirnos nada
Comenzámos á andar con paso incierto.
Al fin dijo con voz entrecortada:
¿Conoces á la torpe bribonzuela
Que es en este lugar maestra de escuela?

—No la conozco, respondí. Hace poco....
—Desde que vi esa chica en las Normales,
Interrumpió, volvíme casi loco
De amor, y eran sus gracias corporales,
De todo pensamiento mío, el foco.
Después para colmar todos mis males
Cometí la torpeza que maldigo
De ser aquí su predilecto amigo.

Al fin, cansado ya de coqueteos,
En cierto baile que hubo el otro día,
Viendo que mis continuos galanteos
Ella con buena cara recibía,
Resolví sin ambajes ni rodeos,
Porque detesto yo la hipocresía,
Hacerle conocer mis pretensiones,
Por supuesto con risas y atenciones.

Y se puso frenética, furiosa,
Me dijo yo no sé cuántos horrores
Con una voz convulsa y temblorosa;
Yo me extasié en sus ojos seductores
Porque vertían lágrimas. ¡Qué cosa!
Pero llevó á tal grado sus furores,
Que me obligó con frase muy galante
A abandonar su casa en el instante.

E impulsado hoy por este amor maldito,
Resolví ante esa moza despreciable
Humillarme, y un corto papelito
Le dirigí en estilo muy amable
Pidiéndole perdón por mi delito,
Y se ha atrevido aquella miserable
A mandarme esta carta sin sentido,
Pero que me ha ultrajado, que me ha herido!

Míra, agregó, qué vana, qué orgullosa
Se vuelve la canalla levantada;
Y sacando la carta misteriosa
De una rica cartera perfumada,
Me la entregó con mano temblorosa.
Vi el sobre: *A Luis Alberto de Losada.*
La desdoblé precipitadamente
Y leí en pocas frases lo siguiente:

“Señor don Luis Alberto : He recibido
Su muy galante y muy curiosa esquila
En la que se me muestra arrepentido
Por lo que hizo en el baile de la escuela.
Dígame usted, señor don atrevido,
¿ Lo que hubo entre los dos no le revela
Que es usted un hipócrita y osado,
Que ante mí debe estar muy humillado ?

—
“Sin embargo, me escribe ; que curioso !
Pidiéndome perdone su pecado
Y le vuelva mi trato cariñoso.
Es usted ó muy malo ó muy negado.
Pero mire, señor, si al alevoso
Que con tanto descaro me ha ultrajado
No puedo perdonarle ese desvío,
Al menos lo disculpo, señor mío.

—
“Sí, lo disculpo á usted ; soy pensadora,
Sé que quien á los vívidos fulgores
De la brillante luz conservadora
Ve en las sangres villanos y señores,
No cree que una pobre institutora
Que descende de incultos labradores
Y no gasta opulencia en su morada
Deba ser atendida y respetada.

“Además, es usted un ignorante.
En punto á ciencias, sin temor de engaño,
Le aseguro que van más adelante
Muchas de mis discípulas de este año.
Siendo así, pues, usted, señor pedante,
Que sea pervertido, no es extraño,
Que por la oscura senda de la vida
Va la maldad á la ignorancia unida.

—
“Por otra parte, ofende el mentecato
La virtud y el pudor constantemente,
Pues carece de aplomo y de recato.
El sér que no es juicioso, es imprudente,
Y usted no tiene juicio. No es sensato
Quien por lucir sobre la blanca frente
De su rizado pelo algún cadejo
Se está más de dos horas al espejo.

—
“Las causas lo disculpan, eso es cierto ;
Tiene que tropezar constantemente
Quien á oscuras camina en un desierto.
No piense usted que lo odio inmensamente,
Tal vez ni lo desprecio, Luis Alberto ;
Le tengo compasión únicamente,
Y en prueba de ello aquí estampado dejo
Para su corrección este consejo :

“Abrace las ideas liberales,
Ilustre su cabeza descuidada,
Y así corregirá todos sus males.
Yo, muchacha del pueblo abandonada,
Adquirí con mi estudio en las Normales
La dignidad, mi dignidad sagrada,
Que es hoy la espada de bruñido acero
Con que humillo al indigno caballero.”

Petra firmaba, y nada más decía.
Alberto, por la cólera arrastrado,
Me dijo al terminar con energía:
—Me vengaré, ya todo está arreglado;
—¿Y de quién? Esa es una tontería.
—De esa mujer que tanto me ha ultrajado.
—¿Pero no ves que tú eres el culpable?
—Ah! tú no eres mi amigo, miserable!

Al verme por Alberto así ofendido
Con frase tan grosera y destemplada,
¿Qué piensas que hice yo, lector querido?
¿Le di una formidable bofetada,
O le arrojé algún guante enfurecido
O una de mis tarjetas estrujada?
No, señor, yo no pierdo nunca el tino;
Volví la espalda y emprendí camino.

Emprendí mi camino á paso lento,
Diciendo: todo llega y todo pasa.
Tuve un amigo, y lo perdí, lo siento.
Yo no iba, te aseguro, hecho una brasa,
Antes bien muy alegre y muy contento
Llegué cantando á mi tranquila casa;
Y te dejo, lector, porque me llama
Con ansiedad mi idolatrada cama.

CANTO SEXTO.

Como en el pueblecito yo no hacía
Sino dormir, comer como salvaje,
Hube de fatigarme, y cierto día
Arreglé á las volandas mi equipaje,
Que poca cosa á la verdad tenía ;
Tomé una buena mula para viaje,
Y salí, ya resuelta mi partida,
Las visitas á hacer de despedida.

Mi viaje fuí á anunciar por la mañana
A la casa de Petra, la virtuosa
Señorita hoy, ayer oscura aldeana ;
La hubiera yo elegido por esposa
Si pudiera elegir, de buena gana !
¡ Qué inteligente y viva y candorosa,
Qué delicada y elegante y bella
Me pareció la institutora aquélla !

Me recibió con la genial cultura
Que es hoy en las Normales tan notoria ;
Me admiró su franqueza y su hermosura ;
Como una niña me contó su historia
Y me relacionó no sin dulzura
Con su digna mamá, doña Liboria,
Que es una franca y venerable anciana
De tez morena y de cabeza cana.

Salí de la tal casa conmovido.
Fuí luego á despedirme atentamente
Del señor Cura, y lo encontré embebido
Leyendo no sé qué con don Clemente.
Después de saludar y haber pedido
Que diera libre curso nuevamente
El citado señor, á su lectura,
Tomé un asiento frente al señor Cura.

—¿ Con que ya se nos va su señoría
Para la capital? me dijo el Cura.

—Sí, señor, respóndile, llegó el día
De volver nuevamente á mi clausura,
Pero que continuaran yo querría....

—No, señor, no interesa esta lectura
Porque la obrita ya la conocemos,
Es la tercera vez que la leemos.

—¡ Qué buena debe ser! dije asombrado.

—Es admirable, contestóme al punto
El señor don Clemente entusiasmado,
Este trabajo ofrece todo junto :
Lo cierto, lo moral, lo delicado....
En fin, es de bellezas un conjunto,
Y al recorrer sus páginas saladas
Ríe uno sin querer á carcajadas.

Cuando uno ha terminado atentamente
Esta grata lectura, se recobra
La gana de leerla nuevamente.
Este trabajo original, esta obra
Hoy llama la atención de mucha gente.
La debe conocer usted de sobra....
Sí, la conoce usted, de ello estoy cierto.
Es *El Joven Arturo* de Roberto....

—Cómo nó! sí, señor, que la he leído....
La pluma del autor es bien cortada,
Tiene que ser un joven instruído,
Y exceptuando la un tanto exagerada
Y no buena pasión que lo ha movido,
A mi juicio la obrita es acabada,
La versificación es admirable,
Tiene gracia y soltura inimitable!

Con cierta calma ó maliciosa flema
Me interrumpió diciendo el señor Cura :
—A mí me agrada solamente el tema,
Pues jamás aprendí literatura.
El autor imparcial de ese poema
Vale un caudal, porque le da una dura
Y objetiva lección á su partido,
Que hace con las escuelas tanto ruido.

—¿ Es liberal Mac-Douall ? No lo sabía.
 —Sí, señor, liberal intransigente,
 Me dijo con semblante de alegría
 Y con aire de triunfo don Clemente.
 Por eso me cautiva la hidalguía
 De un pecho tan honrado, tan decente,
 Que llama sin ambaje á las Normales
 Fábrica de muchachas inmorales.

—

Y él no critica la instrucción, opina
 Que debe ser mejor, más adecuada.
 Es decir, que no eduquen á una china
 Lo mismo que á una joven delicada ;
 Que la enseñen el arte de cocina,
 A ser muy obediente y muy honrada,
 A barrer, aplanchar, leer si quiere,
 Esto no más su condición requiere.

—

—Siendo ésta la instrucción recta y juiciosa,
 Añadió el señor Cura satisfecho,
 Es la Escuela Normal inoficiosa ;
 Queda mucho mejor, esto es un hecho,
 La hija del pueblo débil y andrajosa
 Bajo un honrado y honorable techo
 De familia católica, se entiende,
 Porque allí al par que se mantiene, aprende.

—Pero, doctor, le dije, con sus tales
 Ideas nuestra pueblo sufriría
 De la ignorancia los atroces males,
 Siendo bajo y servil continuaría ;
 Mientras que los señores liberales,
 Exceptuando á Mac-Douall y su hidalguía,
 Quieren sacarlo del oscuro abismo,
 Libertarlo del torpe servilismo.

—

Y no podrá lograrse aquella idea,
 Aquel fin tan cristiano y levantado
 Con lo que usted propone, no lo crea.
 Es preciso que el pueblo hoy humillado
 Estudie con tesón para que vea
 Que no nació inferior, que Dios ha dado
 A todo sér idéntica existencia
 Y sangre igual, é igual inteligencia !

—

Y una vez educadas esas gentes,
 Víctimas no serán del torpe vicio,
 Ni se verán vagar por las pendientes
 Que del crimen las lleva al precipicio ;
 Y no, señor, no habrá malos sirvientes,
 Pues tiene más moral, mejor servicio
 El país de instruídos habitantes
 Que el de seres serviles é ignorantes.

Puse fuego á la mina, qué imprudente!
 Con esas frasecitas, lector mío,
 Contestáronme el Cura y don Clemente
 En lenguaje severo y no muy frío.
 Me dijeron nihilista, rojo ardiente,
 Demagogo, é hipócrita.... hasta impío,
 Y me hablaban á un tiempo enfurecidos,
 Con el rostro y los ojos encendidos.

—Muy joven es usted para que tenga
 Tan perversos principios, dijo el Cura.
 Y, agregó don Clemente,—no se atenga,
 Oh! no se atenga usted á la lectura
 De libros corruptores; le convenga
 Tal vez más estudiarse con cordura
 La obrita de Mac-Douall, porque en el día
 La práctica es mejor que la teoría!

Y usted piensa, agregó, piensa lo mismo
 Que M. Proudhon, el charlatán inmundo
 Que quiso conducirnos al abismo
 Y contrariar la ley que rige al mundo
 Cimentando el infame socialismo.
 Qué desatino! continuó iracundo,
 Querer mezclar sin respetar la valla
 Sangre de noble y sangre de canalla!

Ahora, entre estas niñas hoy salvajes
 Y una de esas Normales indecentes
 Que usan sombrilla y elegantes trajes,
 ¿Cuáles son más sumisas y obedientes?
 Dígame ¿cuál prefiere? sin ambages.
 Híceme el sordo y respondí entre dientes:
 Siendo yo hijo de usted, preferiría,
 No á Petra, no, señor, á Rosalía.

Queriendo apaciguar el avispero
 Que, candoroso, alborotado había,
 Y queriendo evitar el aguacero
 Que con tanta justicia me caía,
 Tomé con mucha calma mi sombrero,
 Me despedí con suma cortesía,
 Fingiendo una sonrisa cariñosa,
 Y luégo.... puse pies en polvorosa.

Una vez de mi casa en los umbrales,
 Lejos de aquel hogar del fanatismo,
 Dije entre mí tranquilo, en mis cabales:
 Me voy á Bogotá mañana mismo
 A defender de lleno á las Normales,
 A combatir el necio servilismo
 Refiriendo al lector la simple historia
 De las hijas sumisas de Liboria.

Bien, me vine á escribir este relato
Y á mi llegada supe, por Norberto,
Joven de gran talento, y muy sensato
Amigo al parecer de Luis Alberto
Y médico á la par que literato,
Que aquí en San Juan de Dios había muerto
La pobre y desgraciada Rosalía
De una afección nerviosa y neumonía.

Y que al niño que dejó, sin freno,
Ya vicioso, dañado, ciertas gentes
Lo condujeron de miseria lleno
A ese Asilo de niños indigentes,
Que dice don Clemente que no es bueno,
Pues lo fundaron rojos muy candentes
Y le han dado los pícaros masones
Plata....con sus segundas intenciones.

Adiós, lector, si quieres una palma,
Si eres del pueblo amante declarado,
Imíta á don Clemente, que él en calma
De Luis Alberto y de su esposa al lado
Reza todas las noches por el alma
De una sirvienta que murió en pecado,
Y porque el muchachito de la muerta
En el Asilo aquél no se pervierta.



BIBLIOTECA
Universidad Eafit



6200000190788

